

y agudo acero y manilla,
vino una noche, impaciente
soltando al corcel las bridas....
El viento soplaba apenas,
la noche era hermosa y tibia;
las flores lánguidamente
en sus tallos se mecían.
Clemencia, cándida virgen,
en el albor de la vida,
de muerte engañoso tosigo
á grandes sorbos bebía...
¡Guay de tí, pobre Clemencia!
¡Guay de tí, la hermosa niña!
ya no asomará en tus labios
de inocencia la sonrisa
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

3ª Estancia.

En lo hondo de la barranca
do crece la azul pervinca,
de Estío pronto pasaron
las horas, los largos días,
y al acercarse el Invierno
con sus nieves ateridas
helando de los torrentes
la rauda corriente limpia,
Clemencia dejó una noche
su choza antes tan querida;
y contra la dura roca
dando con ambas rodillas,
cayó... y dirigiendo al cielo
mirada asaz dolorida,
sacándola de su seno
besaba la cruz bendita...
En seguida ¡ah! durmió el sueño

del cual no despertaría!
Decid si es dulce ese sueño
que duerme la pobre niña
en lo hondo de la barranca
dó crece la azul pervinca.

Zacatecas, Agosto de 1901.

F. A. T.

¡ESPERANZA!

Pobre corazón! no llores... ..

Abandónate á la suerte

Resignado;

Vé que muchas de tus flores

Al aliento de la muerte

Se han secado.

Mira, la flor que te queda

De su vívida hermosura

Se despoja;

Porque esa flor no se enreda

Donde un soplo de amargura

La deshoja.

Corazón mio, no riegues

La esperanza de la vida

Con tu llanto;

Con tus lágrimas no riegues

Esa planta en que se anida

Un encanto.

En fábula.

ENDECHAS.

¡Oh mi placida folgança!
 ¿Dó tu semblante se esconde
 Mal mi grado?
 ¿Qué ge fizó mi esperança,
 Donde la encontrar? ¿En donde?
 ¡Desdichado!

De aquellas horas floridas
 Tan dulcemente probadas
 Ya non tengo,
 Sinon memorias perdidas,
 Seyendo en muchas vegadas
 Dolor luengo.

De sosañosos favores
 Que en mi folgura mezquina
 Ví del todo,
 He sobejanos temores
 Que me persiguen aina
 De otro modo.

Ove ambicias de riqueza
 Et ove ambicias de gloria
 Et de saber;
 Ca es preciada la pobreça;
 Mas non tiene nen memoria,
 Nen valer.

Et ambicié et foí damnado;
 ¿Amicicias? non las hube
 Ca fuyeron!
 De guisa tal aplagado
 Mis memorias como nube
 Se perdieron.

En los claustros bienfamosos
 Buscaba mi ánima aflita
 La paz amada;
 Mas follones desbarrados
 Trujeron á mayor cuita
 Al ánima lazrada.

El monesterio endechoso
 Et su humildosa monjia,
 ¿A dó fueron?
 Aquel jardín tan fermoso
 Et la mi pobre alhamia,
 ¿Qué ge ficieron?

La yedra, so cuyas ramas
 Yo tanto me delectava,
 Fenesció.
 El laurel, que aquellas flamas
 Ardientes del sol temprava,
 ¡Ay! ge secó.

Non pude seyer guarido
 De que me foese fortuna
 Enojosa.
 Et magüer non lo he querido,
 La vida es grant importuna
 Et trabajosa.

Et por ende yo deseo
 Que venga pronto la muerte
 Et me acabe;
 Ca males solo poseo;
 Otro si que la mi suerte
 Non me sabe.

Que non val al afincado
 A quien fuyó bienandança
 La su vida;
 Et non cumple al desesperado
 Alindar toda bonanza
 Infingida.

Ansi yo te quiero, muerte,
 Magüer vengas con tormentos;
 Que bien vienes,
 Que non tener en mi suerte
 Tales desengaños
 Tan perennes.

Octubre de 1903.

Beneficencia y gratitud

Al Illmo. y Rmo. Sr. D. F. J. Guadalupe
 de J. Alva, dignísimo IV Obispo
 de Zacatecas.

Orillas de una fuente
 De linfa transparente,
 Verde, hojoso, lozano,
 Un sauce secular se alzaba ufano.
 Y cabe el pié robusto
 De su tronco vetusto
 La humilde violeta,
 Y la azucena púdica y discreta,
 Sin verse deslustradas
 Del sol, allí olvidadas,
 Pero alegres, vivían.
 Ni las furias del viento resentían.

Y es fama que una tarde
 Al tramontar del sol, cuando las flores,
 Meciéndose en el aura pasajera,
 Con hechicero alarde
 Hablan al corazón, con sus olores,
 La viola exclamó de esta manera.

"Sauce gentil, el de flexibles ramas,
 Que así te abates con rendido afán
 Cual si agobiado de tus regias galas
 A mis piés las quisieras arrojar."

¡Cuanto embeleso causa el ver tus frondas
Desmayadas caer cuando sopló
El aura leve; y ver bajo tu sombra
Vibrar su rayo moribundo el sol!

¡El sol! que hace ya siglos hiere en vano
La esplendidez de tu ramaje airoso;
Porque en la majestad del soberano
Encuentra oposición el poderoso.

Al contemplar tu espléndido follaje
Vuela en redor enamorado el viento
Levantando hasta el cielo desde el valle
Sus cántigas de amor en dulce plectro.

Inundado de luz y de belleza
Sobre un campo de gualdas resplandeces;
Difúndese en tu torno la existencia
Y en tí se adunan sus fecundos gérmenes.

Las flores su fragancia embriagadora
En honra tuya exhalan, y un presente,
En alas de la brisa bulliciosa,
De gratitud y amor, juntas te ofrecen.

Cual astro me parece que fulguras
De mi alegre humildad en la morada,
Y nunca alcé mi frente á tanta altura
Como cuando á tus piés te contemplara.

Aunque en las nubes tus verdores meces,
No esquivas doblarte de contino
A acariciar mi sien—¿Amor te impele?—
¿Es efusión de paternal cariño?

¡Ay! lo ignoro... Mas yo te amo ardorosa
Cual su cenit el sol, el mar la brisa,
La lluvia el campo, y la risueña aurora
Su vívido arrebol, su luz el día.

Como el niño la plácida sonrisa
Que asoma al labio de su tierna madre,
Así te he de querer toda la vida
Oh dulce amigo! ¡Oh protector amable!

¿Acaso por ser tanta tu grandeza
Cuanto mi suerte es mísera y mezquina
No habré de amarte ¡y Dios! siendo cual bella
Así anhelosa tu undulante cima?

¡El cielo te prospere, árbol querido!
Y ya que en tí me deparó mi estrella
Un bienhechor, atiende á los suspiros
Que exhalo envueltos en mi pura esencia.

Tu contarás los años ciento á ciento:
Mientras el número escaso de mis días
A completarse va: mas un consuelo
Vislumbro allende mi acotada vida.

Cuando sañudo el ábrego viniere
A arrebatarme mis pétalos caídos,
Inclinando tus ramas, como sueles,
En tí hallaré mi postrimer abrigo.

Luego en arista hirsuta, sin aroma,
Se tornará mi tallo con presteza;
Y harás entonces funeraria pompa
Flébil besando mi corola seca.

Y gemebundo, el viento de la tarde
Agitando tu lengua cabellera,
Dulce lamento extenderá en el valle
Lúgubre resonando en las cavernas.

Y al sentarse á tu sombra algún viajero,
Viendo, en la paja deleznable y fofa
De la caduca flor, un monumento
Que eternice tu nombre en tierna historia;

Estas letras en lágrimas bañadas
Acaso grave en tu corteza dura:
*De gratitud y amor aquí descansa
Un raro ejemplo; respetad su tumba!!!...*

La viola así dijo: y dulcemente
Su grato aroma embalsamó el ambiente.

La cándida azucena,
Que atónita miró tan grata escena,
"¡Será mi padre!" dijo conmovida,
Su cáliz inclinando recojida.

Un beso con ternura
Imprime el sauz sobre su frente pura.
Y la tiniebla fría
Vino luego á ofuscar la luz del día.

J. A. C.

Canto á Leon XXX.

en el XXV aniversario de su Pontificado.

Come 'l signor, ch' ascolta quel che piace,
Da indi abbraccia 'l servo, gratulando
Per la novella, tosto ch' ei si tace;
Cosi benedicendomi cantando
Tre volte cinse me, si com' io tacqui,
L' apostolico lume

Paradiso XXIV, al fine.

Como el Señor que al oír una grata nueva, abraza, á su sieri
vo luego que este la ha referido, congratulándose de ella as-
bendiciéndome y cantando, luego que quedé callado, dió tres
vueltas al rededor de mi la apostólica antorcha

Dante, Paraiso; Canto XXIV, al fin.

I. ¡Quien me diera volar en este instante
Con alas de blánquísima paloma
A la Santa Ciudad, la excelsa Roma,
Y allá, con fé constante,
Contemplar anhelante
Aquellas ruinas, dó el pasado asoma
Y adormecerme de su sacro aroma
Con el olor suavísimo y fragante!
¡Allá, dó el Justo y Venerable Anciano
Y preclaros Pastores

¡Ah! si se nubla tu cielo
 Y la tempestad revienta
 Con furor;
 No te olvides que el consuelo
 En medio de la tormenta
 Es esa flor.
 ¡Oh mi corazón! no llores
 Espera algo de tu suerte.
 Resignado.
 Que aunque marchitas tus flores
 La esperanza de la muerte
 No se ha secado.

México, 1985.

Refrán.

Nacen unos con estrella
 Y otros estrellados, dijo
 El que escribió los refranes
 En un lenguaje castizo
 ¡Si será!—¡Si no será!
 En mis adentros me digo,
 Sin importárseme un bledo,
 Que la cuestión valga un pito.
 Que la Providencia imparte
 A todos su merecido,
 Eso sí que no lo niega
 Ni el escéptico más fino,
 Siendo este punto, como es,
 Por todos reconocido.
 Y en prueba de lo que asiento
 Allá vá este cuentecillo.

En un antiguo convento
 No lejos de donde habito,
 Del claustro más solitario
 En el alero sombrío,
 Un gorrión y un reyezuelo
 Labraron cerca sus nidos,
 Haciéndose desde entonces,
 Al fuer de buenos vecinos,
 Constantes, amartelados
 Tiernos y fieles amigos.
 En tan venturoso albergue
 Pasaban días tranquilos,
 Cuando en noche pavorosa,
 De tempestad al rugido,
 Desplomose con estruendo
 Aquel sagrado edificio,
 Envolviendo en sus escombros
 También los pequeños nidos.
 Espantados y medrosos
 Huyeron los pajarillos
 Y á tierras lejanas fueron
 A buscar un nuevo asilo.
 A las veces separados,
 A las veces reunidos,
 Iban dó quier desafiando
 Los azares del destino.
 Mas quiso feliz estrella,
 [La Providencia, yo digo),
 Que por ignoradas sendas
 El dichoso gorrión
 A un hermoso colorín
 Se topara de improviso
 Tan espléndido, galante,
 Munificentemente y benigno,
 Que el ceniciento plumaje
 Cambiándole en purpuri no,

Le hizo elevarse á regiones
 De aves de mayor prestigio
 De entónces en jaula de oro
 Encarcelado, ¡Preciso!
 De ordinario alimentose
 Con cañamones y mijo;
 De todos siendo admirado
 Pájaro tan peregrino
 Por cantar un ritornelo,
 Correctamente aprendido
 De un blanco cisne de Italia
 Por el cable submarino.
 Entretanto, el reyezuelo,
 Su antiguo y constante amigo
 Sin colorines benéficos,
 Libre como el aire mismo,
 Mas sin poder traspasar
 Los espacios infinitos;
 Saltando de muro en muro,
 Papando arañas y grillos,
 Cantando va á risotadas,
 Sin dejar su viejo estilo,
 Hasta emblanquecer sus plumas
 Con el polvo del olvido.

México, 1899.

[*] EL REYEZUELO en estas regiones, llamado vulgarmente SALTA PAREDES, emite en su canto la sucesión diatónica de las siete notas musicales, descendiendo de la más aguda á la más grave, como lo cual semeja una alegre carcajada.

Amando á Dios.

De la noche en el silencio,
 Mientras estoy en reposo,
 Me vela un ángel hermoso
 Por encargo del Señor,
 Y al guardar mi dulce sueño,
 Entre mis labios abiertos
 Y con sonidos inciertos
 Escucha el nombre de Dios.

Ese nombre tan bendito
 El ángel santo recibe
 Y en libro eterno lo escribe
 Y el suspiro que vá en pos,
 Y á Dios le dice en el cielo
 Que de la noche en la calma
 Y cuando sueña mi alma
 Aun entónces amo á Dios.

Expléndida está natura
 Al nacer el nuevo día
 Con la luz que el sol envía
 Y la brisa matinal,
 Y hay perfumes y armonía,
 Y hay colores y belleza,
 Y hay encantos y grandeza
 Y poesía ideal,

Mas también hallo belleza
 En el mar tempestuoso,
 En el viento impetuoso,
 Y en el trueno aterrador;
 Y admirando el universo,
 El gran poder de Dios veo,
 Y entónces más en Dios creo,
 Y más y más amo á Dios.

Hallo belleza en las artes,
 Belleza en los teoremas,
 Y de intrincados problemas
 Buscando la solución;
 Y de la fé con la antorcha,
 Y á la luz de la experiencia,
 Belleza encuentro en la ciencia,
 Que investiga mi razón.

Y por cálculos llevado
 Al análisis prolijo,
 En la exactitud me fijo
 Que dió á todo el Criador;
 Y en medio de un argumento
 Y en medio de un silogismo,
 Allí conozco á Dios mismo,
 Y allí también amo á Dios.

De Dios viene la alegría
 Con la cual goza mi alma,
 Y en los momentos de calma
 Disfruta dulce solaz,
 Y es el premio inmerecido
 El bien que solo dimana
 De su Bondad soberana,
 Que es fuente de dicha y paz.

Y si viene el infortunio,

Si me invade la tristeza,
 De Dios veo la grandeza
 Que me prueba en la aflicción;
 Y á Dios le pido consuelo,
 Su santo nombre bendigo,
 Y mis pesares mitigo
 Más y más amando á Dios.

Amado á Dios tengo Fé,
 Y me anima la Esperanza,
 Pero mi alma no alcanza
 La gloria sin Caridad;
 Y el tierno Padre me enseña
 Que el amor á El empieza
 Socorriendo la pobreza,
 La triste necesidad.

Bien hace el que la recibe
 Y el que la dá gana el cielo,
 Hallando dulce consuelo
 En la limosna los dos;
 Así doile al indigente,
 (Y hermano mio le llamo
 Porque tanto á mi Dios amo),
 Una limosna por Dios.

